

RECENSIONES

HISTORIA, ARQUEOLOGÍA Y CIENCIAS CULTURALES EN EUROPA CENTRAL HISTORY, ARCHAEOLOGY AND CULTURAL SCIENCES IN CENTRAL EUROPE

PETER F. BIEHL, ALEXANDER GRAMSCH y ARKADIUSZ MARCINIAK (eds.): *Archäologien Europas/ Archaeologies of Europe. Geschichte, Methoden und Theorien/History, Methods and Theories*. Tübinger Archäologische Taschenbücher 3, Waxmann Münster/ New York, München, Berlin, 2002, 590 pp. ISBN 3-8309-1067-3.

KNUT EBELING y STEFAN ALTEKAMP (eds.): *Die Aktualität des Archäologischen in Wissenschaft, Medien und Künsten*. Fischer. Frankfurt, 2004, 336 pp. ISBN 3-596-16177-0.

H. GLENN PENNY y MATTI BUNZL (eds.): *Worldly provincialism. German Anthropology in the Age of Empire*. The University of Michigan Press. Ann Arbor, 2003, 350 pp. ISBN 0-472-22318-6 y 0-472-08926-9.

La reunión de estos tres volúmenes en esta reseña con temas, orígenes y autores muy diferentes apunta a analizar qué tipo de reflexión sobre la arqueología y la antropología se está produciendo, ya iniciado el siglo XXI, en y sobre el centro de Europa. Recordemos que hasta hace muy poco los trabajos procedentes de la pluma de las nuevas generaciones de arqueólogos y prehistoriadores alemanes –publicados sobre todo en lengua inglesa– se caracterizaban por una suerte de complejo de “falta de teoría o falta de producción teórica”. Esta “falta” contrastaba con la aparente pujanza que la teoría parecía haber cobrado en los contextos anglosajones, en particular en los debates de la llamada arqueología “postprocesual”, en el marco de las reuniones de arqueología teórica promovidas en Inglaterra con una creciente participación internacional. Paradójicamente, esta corriente promotora de la reflexión socio-política, generó una suerte de unificación y simplificación de la historia de la arqueología en términos que, en todo caso y sólo a fuerza de creer en las historias lineales y basadas en fuentes secundarias, valen para los contextos ingleses y estadounidenses. Podría afirmarse que al convocar a la historia, algunos aceptaron a un suplente de aquella, sin oficio ni conciencia de sus limitaciones y con un discurso sobre el

pasado aprendido en los medios y en el debate político. Los volúmenes que se reseñan en este ensayo abrieron nuevas perspectivas en el asunto, mostrando que la historia, parafraseando a Hobsbawm, no debe dejarse en manos de las simplificaciones militantes. Allí, disfrazados de sociología, se agazapan alegatos armados para dirimir las responsabilidades por el actual estado de las cosas, visto, por otro lado, como un desvío del deber ser del desarrollo de la disciplina.

En ese sentido, citamos el inicio del libro editado por H. Glenn Penny y Matti Bunzl (*Introduction: Rethinking German Anthropology, Colonialism, and Race*), definido como “un correctivo crítico a los trabajos recientes de estudios post-coloniales donde se enfatizan las dimensiones coloniales en la constitución de la Europa moderna” (p. 10). Su objetivo queda explícito en el siguiente párrafo: *This book complicates what we know about the history of anthropology and its role in the colonial arena. In the conventional chronology, the discipline’s nineteenth-century foundations appear as manifestations of a quintessentially colonial science, while its twentieth-century articulations move toward an ever more progressive, anticolonial stance. It is a powerful narrative, to be sure. But in characterizing the history of anthropology on a global scale, it obscures its overwhelming focus on the Anglo-American and French tradition* (p. 1).

Y aunque fundamentalmente usan el término *anthropology* para referirse a la etnología (antropología cultural) y a la antropología física, creemos que mucho de los aportes de este volumen sirven para enfocar de otra manera los relatos que hace un par de décadas se consolidaron como un tópico o lugar común sobre la historia de la arqueología. ¿Cuántos arqueólogos –no importa su nacionalidad o tradición académica– se atreven a iniciar un *racconto* histórico sin rasgarse las vestiduras por “su propio pasado colonial” y la vergüenza por los antecedentes espurios –nacionalistas, racistas o coloniales– de su disciplina?

El trabajo promovido por Penny y Bunzl, historiadores de la cultura alemana y de la antropología, va más lejos. Ambos anticipan que su libro actúa: *against ready made teleologies that locate the origins of Nazi ideology in late-nineteenth century constellations. In contrast to prevailing views that regard German’s involvement in the colonial contest as a direct precursor of Nazi atrocities, this volume calls for a rethinking of Germany’s figuration in postcolonial studies as a precondition for a more nuanced understanding of modern German history* (p. 2).

El volumen editado por Biehl, Gramsch y Marciniak con distintos casos de estudio colabora en ambos sentidos y tiende puentes entre esas visiones convencionales y trabajos ya planteados sobre la sospecha

acerca de la pertinencia de dicha reducción. Originado en una reunión realizada en Poznan, Polonia en mayo de 2000, apuntaba a congregar a los investigadores interesados en la discusión teórica en la arqueología, procedentes de Europa Oriental y Occidental. El éxito de la convocatoria, tal como se expresa en los copiosos materiales publicados y la cantidad de autores (26 trabajos y 33 autores, oriundos de Serbia, Polonia, Alemania, Inglaterra, Francia, Rumania, Italia, Estados Unidos de América, Rusia, España, República Checa, Bulgaria, Eslovenia, Noruega y Ucrania), da cierto índice que la teoría no es ajena al mundo que se expresa en otras lenguas diferentes al inglés. El volumen, además, tiene ciertas pretensiones de multilingüismo, al adoptar el inglés, el alemán, el polaco y el ruso como los idiomas principales del encuentro y al publicar resúmenes de los trabajos en estos idiomas.

En su introducción Biehl, Gramsch y Marciniak señalan cómo el fin de la Guerra Fría diluyó las fronteras entre las escuelas y las arqueologías nacionales. Para ellos esto habría aparejado la necesidad de discutir de manera “pan-nacional” los métodos y teorías y las diferencias en las maneras de enseñar y de excavar en las distintas tradiciones académicas y, por eso, se propusieron organizar el encuentro de arqueólogos de varios países europeos con el fin de empezar a responder “¿cómo y en qué grado se puede hablar de diferencias en las arqueologías de una Europa marcada por identidades socio-políticas, epistemológicas y regionales?” (p. 26). Biehl, Gramsch y Marciniak postulan desde el inicio que percibir la arqueología europea como una mera dicotomía entre la tradición histórico-cultural (correspondiente al continente) y otra “procesual-postprocesual” (correspondiente a la llamada tradición “anglosajona”), no sólo es falaz sino que también oscurece la riqueza y diversidad de la academia europea. Muchos de los autores recuerdan que sólo a través del análisis de los distintos casos de estudio se puede eludir el peligro de reducir la historia a sus aspectos más generales y su reducción a modelos que nada describen y tampoco explican. Muchos trabajos señalan otro de los riesgos en los que puede caer el relato historiográfico de las disciplinas recordándonos que el cambio político no siempre supone rupturas. Podría decirse que la práctica de las ciencias a veces se asemeja más al mantenimiento de las burocracias y sus funcionarios, depositarios de una cotidianeidad conservadora y sostenida más allá de las revoluciones y rupturas producidas a otro nivel.

El libro editado por Ebeling y Altekamp consta de seis partes: una primera, que consiste en una selección de textos de Kant, Freud, Benjamin, Husserl y Foucault; la segunda –la ponencia de un artista– con un único trabajo. A ella le siguen las secciones “Arqueología como filosofía” (con trabajos de U. Schneider, S. Günzel y D. Rössler), “Arqueología como ciencia cultural” (contribuciones de R. Armstrong –la única colaboración “no alemana”–, Ebeling y S. Weigel); “Arqueología como medio” (capítulos de Altekamp, W. Ernst y F. Kittler) y “Arqueología como arte” (con los ensayos de D. Schmidt, C. Meister y C. Holtorf).

Los trabajos compilados por Ebeling y Altekamp se originaron en el proyecto transdisciplinario *Archive der Vergangenheit* (Archivos del pasado), financiado por la *Volkswagen Stiftung*, una de las fundaciones alemanas privadas dedicadas al mecenazgo de la investigación científica en ese país. En ese marco, se organizó un ciclo de conferencias de investigadores alemanes y extranjeros que, junto con las líneas de trabajo promovidas por los integrantes del proyecto (arqueólogos clásicos, prehistoriadores, filósofos e historiadores del arte), dieron origen a las diferentes intervenciones publicadas en esta obra (www.archive-der-vergangenheit.de). El proyecto, a partir de los conceptos de arqueología, materialidad y archivo, intentaba reconstruir las relaciones existentes a fines del siglo XVIII entre disciplinas hoy separadas. Situado en el Instituto Winckelmann de la Universidad Humboldt, *Archive der Vergangenheit* reunió investigadores de las otrora dos Alemanias y su punto culminante se concretó en el simposio *Allgemeine Archäologie* (Arqueología general), realizado en mayo de 2004 en Berlín.

El volumen aquí reseñado se enmarca en las ciencias culturales berlinesas. Allí surge la pregunta si la referencia a la arqueología en Foucault es –o puede ser– algo más que una metáfora (cf. Simposio en honor a Michael Franz de octubre de 2002, *Archäologie als Metapher*). Tal como se observa en “La actualidad de lo arqueológico”, la respuesta dista mucho de haber obtenido una forma definitiva: los trabajos de los investigadores no siempre pueden escaparse del nivel metafórico o de la mera búsqueda de los usos del término “arqueología” en los filósofos y pensadores analizados. Este proyecto, sin embargo, da pie a las posibilidades de situar a la arqueología como una de las principales herramientas de las ciencias culturales: con su interés constitutivo en la cultura material, los modelos espaciales y temporales y su conexión con las ciencias naturales, la arqueología proveería un reservorio de métodos y medios. En el libro se pretende demostrar que la arqueología posee una paleta de prácticas de diagnóstico, de clasificación, documentación y pronóstico donde abrevaron también los filósofos, los historiadores y los artistas. Este intento de una “arqueología general” deja repicando la pregunta acerca de cómo escapar del reino de la metáfora y si “lo arqueológico” no genera una suerte de entidad referida a una arqueología del pasado y que poco tiene que ver con las especificidades de las miles de facetas de la arqueología contemporánea.

Ebeling y Altekamp se dejan inspirar por la atención merecida por las prácticas reales de la ciencia y otras investigaciones que han llevado a considerar que la ciencia debería ser vista como una forma de producción cultural e, inspirándose en Derrida, Lacan y Foucault, hicieron énfasis en la materialidad de las inscripciones literarias y científicas –que incluyen las marcas gráficas y los medios para producir signos, tales como determinados pigmentos, los equipos fotográficos y los fonógrafos– como una precondition y un limitante de otras formas de construcción de sentido, es decir los “estudios de las materialidades de la comunicación”. El

trabajo de Friedrich Kittler –que permanece sin traducción castellana– marcó una tendencia en este tipo de estudios y, sin dudas, es una de las fuentes de inspiración de este proyecto. En el volumen editado por Ebeling y Altekamp, presenta un avance de su último libro (Kittler 2005) y sus últimos intereses: la arqueología de la escritura a través del alfabeto de los Griegos. Recordemos que Kittler tomó como premisa que la literatura es una forma de procesamiento, de almacenaje y transmisión de datos, y que la escritura es un canal de información transmitido a través de *a discourse network of institutions*, como las escuelas y las universidades, redes que conectan libros con personas. Este enfoque de la literatura, estudiada a través de las materialidades de la comunicación y de las tecnologías de los medios (cf. con Kittler 1990), se aplica también a las tecnologías de inscripción de la ciencia y de la matemática. Estos estudios sobre la materialidad de la ciencia nos lleva a estudiar a las arqueologías desde otra perspectiva: ¿cómo se registra? ¿cómo se constituye el objeto de estas ciencias según las materialidades de la comunicación y del transporte?

Recordemos que en la segunda mitad del siglo XIX la excavación se consolida como la herramienta fundamental de la arqueología y será a fines del mismo siglo que los métodos de registro realizados empezarán a ser considerados como el límite entre una excavación científica y una realizada con fines comerciales o meramente *amateur*. El archivo de los materiales en un registro diferente al natural crea nuevas actitudes, que al consolidarse, van a modelar la práctica de la arqueología de todo el siglo XX. La importancia del registro de la procedencia de los objetos se anuda a dos problemas centrales de la arqueología: la autenticidad del objeto y la autenticidad de la asociación que permitirá el establecimiento de diacronías, sincronías y de la edad relativa o absoluta de los hallazgos. Si recordamos que los arqueólogos modernos declaraban que el propósito de la excavación era obtener “antigüedades portátiles”, refiriéndose con ello a los planos y a las fotografías, queda claro que el objeto arqueológico dista mucho de ser algo encontrado como tal (Podgorny 2003). El volumen que aquí reseñamos abre nuevas perspectivas en este sentido que, sin embargo, permanecen sin explorar en su dimensión concreta. Cabe destacar que esta historia de los medios técnicos lejos de proponer una historiografía lineal, recoge el guante lanzado por Foucault en su lectura de Nietzsche sobre la historia, haciendo caso a lo contingente y a los proyectos olvidados para dejar de lado, de una vez, la búsqueda de antecedentes y orígenes.

Por último, regresamos al libro editado por H. Glenn Penny y Matti Bunzl que responde a una iniciativa de discusión historiográfica, reuniendo trabajos de H. Liebersohn (sobre la etnografía en el Pacífico), Bunzl (sobre la *Völkerpsychologie*), Penny (A. Bastian y la relación entre el museo y etnología), Sierra Bruckner (sobre la exhibición de “pueblos exóticos” en el marco de la llamada “etnografía comercial”), A. Zimmerman, P. Grosse (sobre aclimatación), Andrew Evans (sobre la antropología durante la Gran Guerra), Rainer Busch-

mann (sobre la etnografía en Nueva Guinea), R. Gordon (sobre la colección de objetos etnográficos en África) y Suzanne Marchand (sobre Wilhelm Schmidt y la etnología austríaca). Penny y Bunzl dan varias lecciones metodológicas para encarar la historia de las disciplinas antropológicas, incluyendo en ellas a la arqueología, dado los sustratos intelectuales compartidos.

Penny y Bunzl, para discernir la especificidad cultural de los intelectuales y de las prácticas institucionales, se desvían de la literatura a la antropología y de lo textual –ese reino tan privilegiado por los llamados estudios culturales y post-coloniales– a los modos históricos de interpretación. Segundo, al tratar distintos aspectos de la práctica de la antropología promovida desde Alemania y Austria, intentan mostrar cómo estas prácticas, ideas e instituciones constructoras de distintas codificaciones para la disciplina, desempeñan un papel en la historia de la antropología en general. Como varios autores de este volumen recuerdan: a pesar de la importancia de las propuestas de Adolf Bastian –a través de Boas–, y de la gravitación de la revista *Anthropos* y de la llamada escuela histórico-cultural en buena parte del siglo XX europeo y americano, tales constelaciones permanecen casi ignoradas en el desarrollo de la antropología o, más curiosamente, como un desvío del camino hacia la verdad. Tal como recuerda Penny, Berlín fue la primera ciudad en el mundo en albergar un museo dedicado con exclusividad a la etnología (1873) y las sociedades eruditas y los antropólogos alemanes articularon una red de provisión de objetos, información y discusión de ideas a través de congresos y publicaciones que englobó Europa, América, Asia, África y el Pacífico. Las expediciones a estos lugares del mundo y la búsqueda de corresponsales locales a través de las colectividades alemanas radicadas en el extranjero sólo recientemente han empezado a estudiarse, constituyendo un nuevo aporte al estudio de la logística “cooperativa y colectiva” de la ciencia. Lo mismo puede decirse de la exhibición comercial de “grupos etnográficos” en las capitales europeas, estudiado de manera muy interesante en el capítulo de Sierra Bruckner. Indudablemente, antes que el “campo” se consolidara como el espacio privilegiado para el encuentro entre el antropólogo y “los otros” existieron otros espacios donde eso era posible. Todas estas tradiciones, tapadas por la emergencia de la autoridad del antropólogo y por la posición hegemónica del funcionalismo estructural y neoevolucionismo, desaparecieron también gracias al estado de la misma antropología alemana con posterioridad a la Gran Guerra, donde el aislamiento y el posterior compromiso con el régimen Nazi contribuyeron a crear una sombra de olvido sobre esta historia.

Penny y Bunzl, abandonando la asunción del “colonialismo” como motor principal de la antropología como un todo (inexistente), se formulan otra pregunta: “¿por qué, entonces, los alemanes se interesaron en sus múltiples ‘Otros’?” (p. 9). Las respuestas parecerían residir en una constelación diferente a los trillados argumentos que clausuran todo análisis en las fantasías coloniales, imaginaciones imperialistas o ansias

de poder. Sin caer en ingenuas idealizaciones y con algo de ironía, aseguran que el interés alemán en las culturas, religiones, fisonomías, fisiologías e historia de los no-europeos estaba fuertemente ligado a una serie de tradiciones intelectuales, mucho más ricas y multifacéticas que una “simple” pulsión colonialista. Entre ellas, el humanismo, el liberalismo, el pluralismo, el monogenismo y, por último, “un deseo persistente de conocer más acerca del mundo de la mano con el compromiso alemán con la *Bildung* (formación intelectual)” (p. 9), elementos todos que desempeñaron un papel en el deseo de los alemanes por conectarse con un mundo más amplio que el confinado en las fronteras de sus *Länder*. Como aclara Marchand en su ensayo *Priest among the Pygmies: Wilhelm Schmidt and the Counter-Reformation in Austrian Ethnology* (pp. 283-316): “las ambiciones y experiencias imperiales de ningún modo pueden considerarse como las únicas fuerzas que modelaron las ciencias culturales entre 1880 y 1940; la crisis de fin de siglo en la teología cristiana, desempeñó un papel extremadamente importante en la constitución de la antropología del siglo XX en lengua alemana” (p. 285). Y en efecto, cuando la historiografía abandona sus propios prejuicios, otros personajes entran en escena. Marchand pertinentemente señala que existe cierta falacia en el vínculo aceptado entre secularización, profesionalización de la antropología y experiencia de la modernidad. Su trabajo abre nuevas perspectivas para analizar la antropología del siglo XX también en relación a las órdenes religiosas que, a partir de las encíclicas papales de la década de 1910, combinaron los medios técnicos del siglo, la formación antropológica universitaria y la actividad misionera, contribuyendo a modelar un conocimiento sobre las culturas no-europeas que hasta ahora permanece sin estudiar. Curiosamente, el libro editado por Penny y Bunzl no recurre a bibliografía francesa, española o italiana que, sin dudas, ofrecería puntos interesantes de comparación. En particular, para ver las conexiones articuladas desde el Vaticano en pleno siglo XX para la recopilación de datos antropológicos.

Más allá de las caracterizaciones nacionales de la arqueología, me interesa destacar que estos tres volúmenes de los primeros años del siglo XXI proponen comparar experiencias institucionales, cruzar fronteras disciplinarias y recurrir a la historia y a la investigación sofisticada, traspasando también las líneas que forman los límites entre países. Si, como dice Kittler, existen redes materiales que conectan libros con personas, sólo se trata de definir las invocando a la historia y desafiando las barreras lingüísticas con conocimiento de la diversidad cultural e intelectual europea. Estos tres libros nos muestran que la reflexión desde y sobre Europa Central no constituye solamente un hito más en el conocimiento. Si nos lo planteamos de una manera instrumental para los investigadores iberoamericanos tiene un significado adicional: pueden servirnos como alerta para no dejarnos seducir por esa nueva colonización de la historia promovida por el relato teológico postcolonial que parece estar llegando a las

reflexiones sobre nuestras arqueologías.

KITTLER, F. 1990: *Discourse Networks, 1800/1900*. Stanford University Press. Stanford. Traducción de M: Metteer y C. Cullens de *Aufschreibesysteme 1800-1900*.

– 2005. *Musik und Mathematik 1. Hellas 1: Aphrodite*. Wilhelm Fink. Munich.

PODGORNY, I. 2003: “Medien der Archäologie”. *Archiv für Mediengeschichte* 3: 167-79.

Irina Podgorny. Conicet. Museo de La Plata. Paseo del Bosque s/n. 1900 La Plata. Argentina. Correo electrónico: podgorny@mail.retina.ar

JOSEP ANTONI CASABÓ BERNARD: *Paleolítico Superior Final y Epipaleolítico en la Comunidad Valenciana*. Museo Arqueológico de Alicante, serie mayor 3. Diputación Provincial de Alicante. Alicante, 2004, 384 pp., 83 láms., 165 cuadros y 14 mapas. ISBN 84-96206-32-7.

La obra que comentamos publica la tesis doctoral leída por Josep Casabó en 1995, es decir casi diez años antes. Esta circunstancia es bastante usual dada la dificultad para editar este tipo de trabajos. Pero lo que ya no es tan usual, y resulta difícil de justificar, es que el autor no haya hecho un esfuerzo a la hora de publicar para incorporar las novedades que se han producido estos últimos años sobre el tema. Especialmente fecundos en la investigación del Magdalenense y Epipaleolítico valenciano han proporcionado nuevas mediciones radiocarbónicas, así como un registro paleoambiental, paleoeconómico y arqueológico más completo que ha permitido perfilar con mayor precisión el marco cronocultural de este período transicional y plantear nuevos temas de debate.

Una excelente síntesis de estas novedades se presenta en el libro coordinado por Valentín Villaverde (2001) realizado en colaboración con los investigadores de los principales yacimientos paleolíticos de la región. Esta publicación, como otras de estos últimos años, no queda lamentablemente recogida en la bibliografía de la tesis de Casabó.

Esta monografía tiene sin embargo la gran virtud de recopilar de manera sistemática y exhaustiva toda la información disponible sobre el tema hasta 1995. Se analizan más de sesenta asentamientos, algunos de ellos a partir de datos de primera mano como los yacimientos castellonenses que han sido objeto de prospección y excavación por parte del autor.

De los yacimientos estudiados pocos ofrecen datos completos y actualizados, de ahí que el autor se base en los que poseen una secuencia bien documentada (Tossal de la Roca, Cendres, Mallaetes, Parpalló, Matutano y Blaus) para la seriación que presenta. Afor-

tunadamente, con buen criterio, el autor deja muy claro que esta propuesta no debe entenderse “como algo rígido”, puesto que los yacimientos más relevantes están en proceso de investigación, y porque además cualquier secuencia cronocultural debe tener un carácter flexible dado el estado fragmentario del registro conocido y las numerosas lagunas que aún subsisten sobre estos períodos.

Esta clasificación queda articulada en cuatro fases. Magdalenense Superior Mediterráneo, Magdalenense Superior Final, Epipaleolítico microlaminar o Epimagdalenense y Epipaleolítico de denticulados o de transición al geométrico. Nada que objetar con respecto a las dos primeras fases, excepto puntualizar que las más recientes investigaciones en el Tossal de la Roca han permitido confirmar la adscripción de sus niveles III y II al Magdalenense Superior.

Estas unidades inferiores del Tossal muestran un dominio de los raspadores frente a los buriles, pero ambos grupos siempre con un porcentaje mucho más bajo que el de las hojitas. Esta característica de su industria lítica evidenciada desde las primeras campañas de excavación, ha motivado que varios autores relacionaran sus ocupaciones con el Epipaleolítico Antiguo (tipo Mallaetes). Atribución que ha quedado definitivamente rebatida con la obtención de varias fechas radiocarbónicas del XIII milenio y el hallazgo en estos niveles de un arpón. Como comenté en su momento, “la especificidad” aducida para los repertorios líticos del Tossal, simplemente nos confirma la gran variabilidad de este Magdalenense Superior, puesta de manifiesto en otros sitios como Matutano o Blaus, heterogeneidad muy posiblemente ligada a la diferente funcionalidad de los asentamientos. En cualquier caso este debate ha hecho evidente la necesidad de revisar nuestros planteamientos comúnmente aceptados y de proponer unos esquemas menos rígidos a la hora de articular nuestros registros magdalenenses (Cacho Quesada et Torre Sáinz 2005).

En cuanto al Epipaleolítico microlaminar me parece acertada la sugerencia de Casabó de utilizar el término de Epimagdalenense, término empleado también por Aura (2001: 234), y ya fuera de la región por Sacchi (1986: 195) para designar las ocupaciones de Gazel (Rosellón, Francia). Y es que en realidad esta etapa bien evidenciada en Tossal de la Roca (int. I), Matutano, Santa Maira y Mallaetes, entre otros, es una clara perduración del Magdalenense en sus repertorios líticos y óseos, así como en sus estrategias de explotación del territorio que siguen las mismas pautas del Magdalenense Final.

La tesis de Casabó articula el Epipaleolítico en varias fases y facies, siguiendo el esquema planteado por Forte en 1973, propuesta a la que se le han sumado posteriormente otras seriaciones (Olaría 1999: 409; Aura 2001: 234) que intentan reflejar la complejidad de estos momentos en continuo dinamismo. En todas ellas se hace evidente a partir del 11.000 – 10.000 BP, aunque existen pocas mediciones radiocarbónicas para fijarlo con precisión, la proliferación de facies industriales (ocasionalmente con influencias

sauvetterrienses), indicativas de la regionalización que sufren los grupos humanos durante este momento en la región.

Estoy de acuerdo con Casabó en que la verdadera ruptura con el Magdalenense en este proceso transicional se produce en torno al 8.500 BP, ruptura que afecta a los repertorios líticos y que curiosamente coincide con un cambio importante de la vegetación, iniciándose el avance del bosque mediterráneo. Estos motivos creo que justifican sobradamente la adopción del término Mesolítico para el período que ahora se inicia, tal y como plantea aunque tímidamente el autor al final del capítulo VII.

Precisamente por las características de sus industrias con altos porcentajes de muescas, denticulados y piezas campñoides, considero que el nivel II a del Tossal de la Roca debe incluirse en este Mesolítico con denticulados, junto con Calderes y Santa Maira, y no entiendo las razones de Casabó para integrarlo en el Epipaleolítico microlaminar evolucionado.

Finaliza este trabajo sin abordar el Epipaleolítico con geométricos, posiblemente debido a las escasas evidencias detectadas de este etapa previa al Neolítico en la Comunidad Valenciana. Recordemos que sólo ha sido señalada su presencia en Tossal, Cocina y más recientemente en La Falguera. De todas maneras hubiera sido interesante abordar esta cuestión y presentar las diferentes hipótesis interpretativas que justifiquen un registro insuficiente que contrasta con el de otras áreas colindantes como el del Valle del Ebro.

Sin duda el aspecto más novedoso de esta obra es el estudio de explotación del territorio y los diferentes patrones de asentamiento. Se proponen tres modelos en función de la localización topográfica de los sitios: yacimientos de montaña, yacimientos de llanura y yacimientos duales, definiéndose además varios tipos teóricos de explotación del territorio de acuerdo a sus actividades: el modelo estacional jerarquizado, estacional no jerarquizado y estacional de largo recorrido. Un claro ejemplo de modelo estacional no jerarquizado queda ejemplificado en Blaus, donde se combina la explotación de la llanura (caza del ciervo) con el aprovechamiento intensivo del entorno inmediato: materias primas locales (caliza) y altos porcentajes de presas pequeñas caracterizadas por su diversidad (aves, conejos y liebres).

Del análisis macroespacial realizado en las diferentes áreas geográficas de la Comunidad Valenciana se deduce una ocupación intensa de la llanura que bordea la costa valenciana junto con asentamientos al pie de la sierra. Se constata además un control norte-sur del territorio, así como de los cursos fluviales que se adentran hacia el interior de la región, en ocasiones por estrechos desfiladeros, especialmente propicios para la captura de animales.

Si bien es cierto, como reconoce el mismo autor, que aún falta mucha información para documentar de una manera sólida los modelos propuestos, las conclusiones a las que llega Casabó sobre el aprovechamiento del territorio son terriblemente sugerentes. Considero que este tipo de estudios, poco habituales en la mayo-

ría de los proyectos de investigación, son muy necesarios y resultan de gran utilidad para profundizar en algunas de las cuestiones por resolver como es el caso de esta tesis sobre el Magdaleniense y Epipaleolítico en el País Valenciano

Desde el punto de vista formal esta monografía presenta una edición muy cuidada, con una correcta y abundante documentación gráfica que se ve enriquecida con la incorporación de varias ilustraciones en color.

AURA TORTOSA, J. 2001. "Cazadores emboscados. El Epipaleolítico en el País valenciano". En V. Villaverde (ed.): *De Neandertales a Cromañones. El inicio del poblamiento humano en las tierras valencianas*. Universidad de Valencia. Valencia: 219-238.

CACHO QUESADA, C. y TORRE SÁINZ, I. de la 2005: "Les harpons magdaleniens sur le versant méditerranéen espagnol". En V. Dujardin (dir.): *Industrie osseuse et parures du Solutreen au Magdalénien en Europe*. Table ronde sur le paléolithique supérieur récent. Angoulême (Charente), 28-30 mars 2003, Société Préhistorique Française, Mémoire XXXIX: 257-266.

OLÁRIA, C. 1999: *Cova Matutano (Villafamés, Castellón). Un modelo ocupacional del magdaleniense superior-final en la vertiente mediterránea peninsular*. Monografías de Prehistoria i Arqueología castellonenques 5. Castellón.

SACCHI, D. 1986: *Le Paléolithique Supérieur du Languedoc Occidental et du Rousillon*. XXI supplément à Gallia Préhistoire. Paris.

VILLAVERDE, V. (ed.) 2001: *De Neandertales a Cromañones. El inicio del poblamiento humano en las tierras valencianas*. Universidad de Valencia. Valencia.

Carmen Cacho Quesada. Dpto. de Prehistoria. Museo Arqueológico Nacional. Serrano 13. 28001 Madrid. Correo electrónico: carmen.cacho@mcu.es

JULIÁN MARTÍNEZ GARCÍA (dir.): *Pintura rupestre levantina en Andalucía. Catálogo*. Junta de Andalucía. Sevilla, 2005, 268 pp., 170 fotos en color, 2 mapas, 2 gráficos, 22 planos, 84 calcos, 1 anexo: listado de estaciones y municipios con arte levantino de la Península Ibérica. ISBN: 84-8266-514-6.

La pintura neolítica levantina de Andalucía ha sido por vez primera objeto de un registro exhaustivo, en términos de localización y de descripción iconográfica, llevado a cabo por Julián Martínez, Miguel Soria Lerma y Manuel López Payer. Son 11 las estaciones conocidas hasta el momento, agrupadas en los núcleos de los Vélez, de Santiago de la Espada-Pontones, de

Quesada y de Aldequemada, que el catálogo que aquí se comenta recoge en gran formato (29'5 x 24 cm) y con una edición gráfica de calidad.

A modo de introducción se han incluido dos textos. El primero, "Andalucía oriental y la periferia sur del Arte Rupestre Levantino", es una revisión de J. Martínez de la historiografía, descubrimientos, descripción, localización, temática y cronología del arte levantino, que puede resultar muy útil como introducción general para el público no especializado. Además el autor señala dos vías de futuro para la investigación del arte rupestre: la primera, los estudios arqueológicos regionales para contextualizar el arte, y la segunda, los de localización geográfica, ámbito en el que Martínez (1998, 2000) ha demostrado con su investigación personal que el potencial investigador es enorme, e infravalorado. En concreto me interesa destacar que las características de localización a pequeña escala del arte levantino que Martínez ha aislado en Andalucía se confirman en análisis relativos a toda la distribución del arte levantino (Cruz Berrocal 2005), en lo que se refiere a inmediatez a un curso de agua, altitud relativa inferior a la del entorno, visibilidad desde el abrigo reducida, e intervisibilidad entre abrigo y entorno, definida como puntual, lineal o sectorial. Asimismo, es relevante la asociación que Martínez establece entre el arte y las cuencas fluviales importantes de la vertiente mediterránea, y su comparación *grasso modo* entre las distribuciones del arte levantino y del arte esquemático, señalando que las diferencias entre ambos patrones se deberían a diferentes estrategias económicas o de organización social de los colectivos que las realizaron.

El segundo texto, "Investigaciones y características del Arte Levantino en Andalucía", de M. Soria Lerma y M. López Payer, es una introducción, historiografía y valoración cronológica de todo el arte levantino, que en parte reitera la primera contribución. Su función principal es describir las características técnicas, estilísticas, iconográficas, cronológicas y temáticas del andaluz. Un poco de forma opuesta a lo que propone J. Martínez, la conclusión que se obtiene de esta revisión es que este último arte no presenta especificidades, más allá de una vinculación de los conjuntos de la Sierra de Segura con el núcleo de Nerpio (Albacete), y una supuesta escena de captura de una cabra montés viva, de la que sólo existiría un paralelo en Muriecho L (Huesca) (p. 50). Esta interpretación es demasiado precisa y por ello arriesgada, aunque es uno de los principales argumentos cronológicos de los autores, junto con los datos de los asentamientos arqueológicos, para situar al arte levantino en el tránsito entre el Epipaleolítico y el Neolítico. Ambos criterios son problemáticos para la datación del arte rupestre en general, y por esto, entre otras cosas, se podría decir que Soria y López presentan en su texto una visión más conservadora y tradicional que la de Martínez. En conjunto ambos textos ofrecen fugazmente al lector la realidad cambiante de un panorama de investigación agitado.

El catálogo, la razón de ser del libro, se estructura en núcleos, y se compone básicamente de descripciones y de una potente parte gráfica, sin duda lo mejor

de la obra. Para cada estación se traza la historia de su descubrimiento, historiografía, localización y acceso, topografía, iconografía –con descripción del color sin normalizar–, conservación y observaciones. Además cada una de ellas se acompaña de un plano de situación y un plano topográfico, que son muy útiles para adquirir una imagen del contexto físico de los abrigos.

Estos, para completar excelentemente la descripción, se han fotografiado de una manera podríamos decir que exhaustiva (motivos, abrigo, vistas desde el abrigo y panorámicas del entorno de los sitios), por Miguel Ángel Blanco de la Rubia. Las fotografías, sin embargo, no se han seleccionado para la publicación con criterios sistemáticos. Además las fotografías de motivos no tienen escala, lo cual es en cierto sentido inusual pero aceptable –por ejemplo tampoco Gil Carles utilizó escalas en el Corpus de Pintura Rupestre Levantina (Cruz Berrocal *et al.* 2005), porque las escalas también se deforman al ser fotografiadas.

En cualquier caso las fotografías se completan muy bien con uno o varios calcos generales –con la numeración de los motivos y la escala– que sirven de guía para situar el motivo correspondiente en su contexto general. Un detalle muy interesante es que, a medida que se van describiendo los motivos de cada una de las estaciones, se van reproduciendo los calcos individuales (fragmentos procedentes del calco general que se presentó al principio de cada estación) de los motivos significativos. Todo ello posibilita reproducir bien, mentalmente, el arte y el propio entorno en el que el arte ocurre, al menos en la medida en que lo permite una publicación en papel.

El catálogo, como trabajo documental, es una herencia directa de la documentación que la Junta de Andalucía, y el resto de las Comunidades Autónomas con arte levantino, prepararon en 1997 para solicitar la inclusión de esta manifestación arqueológica en la lista de Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO. Esa era la documentación existente más completa hasta aquel momento. Desgraciadamente, las estaciones andaluzas de arte levantino presentaban errores e imprecisiones que, en algunos casos, hicieron la información inutilizable. Esto se ha corregido en la presente publicación. Se han mejorado perceptiblemente las coordenadas de localización, así como los datos de altitud de Estrecho de Santonge, Lavaderos de Tello, Cueva Chiquita de los Treintas, Cueva del Encajero, Arroyo Tíscar y Abrigo de Manolo Vallejo. Se ha desglosado en dos el Abrigo del Engarbo, mejorando sus coordenadas y altitudes (las coordenadas de la documentación para la UNESCO se aproximaban a lo que, en el catálogo, es Engarbo I). Son completamente nuevas las coordenadas de Cañada de la Cruz (antes situada en Pontones, y ahora en Santiago de la Espada), Tabla de Pochico y Prado del Azogue (los casos más difíciles de la documentación de la UNESCO).

El anexo del catálogo recoge todas las estaciones incluidas en la solicitud de la UNESCO y las actualizaciones posteriores (revista *Panel* 1, 2002): Tío Modesto (Henarejos), Cueva Mora (Cheva [sic]), Arquela (Alpuente), Barranco Falfiguera (Chulilla); Rey Moro (Alpera); Tienda (Hellín); Monje (Jumilla); Barranco

Bonito (Nerpio) y Rincón de las Cuevas (Moratalla). Pero introduce errores toponímicos: acorta nombres e introduce erratas (incluso en los términos municipales: Jabalance en vez de Jalance, Cheva en lugar de Chelva (1)). No respeta la toponimia de la documentación para la UNESCO, lo cual representa una oportunidad perdida de utilizar un tesoro toponímico de referencia que evite que, en ocasiones, las estaciones resulten irreconocibles de unas publicaciones a otras.

Los problemas indicados no impiden la consideración general de la obra como un trabajo bien hecho. Como catálogo es una buena referencia gráfica de los conjuntos, muy útil con seguridad para el público general interesado en el arte rupestre y como obra de consulta para los investigadores. La calidad de la publicación es indiscutiblemente excelente. Sin embargo los catálogos de estas características ofrecen posibilidades algo limitadas para manejarlos como *corpora* de uso fácil e inmediato, en relación con otros formatos (como imágenes y meras tablas de datos publicadas electrónicamente), y su coste es evidentemente mucho mayor. Quizá en el futuro podrían combinarse ambas alternativas para aprovechar completamente todo el potencial que tienen las recopilaciones, que son tan necesarias para estudiar fenómenos, como el arte rupestre, tan extensamente localizados.

CRUZ BERROCAL, M. 2005: *Paisaje y arte rupestre: Patronos de localización de la pintura levantina*. Archaeopress BAR S1409. Oxford.

CRUZ BERROCAL, M.; GIL-CARLES, J.M.; GIL, M. y MARTÍNEZ NAVARRETE, M.I. 2005: “Martín Almagro Basch, Fernando Gil Carles y el Corpus de Arte Rupestre Levantino”. *Trabajos de Prehistoria* 62 (1): 27-45.

MARTÍNEZ GARCÍA, J. 1998: “Abrigos y accidentes geográficos como categorías de análisis en el paisaje de la pintura rupestre esquemática. El sudeste como marco”. *Arqueología Espacial* 19-20: 543-561.

-2000: “La pintura rupestre esquemática com a estratègia simbòlica d’ocupació territorial”. *Cota Zero* 16: 35-46.

María Cruz Berrocal. Becaria Fulbright. Dpt. of Anthropology. Univ. of California, Berkeley. 232 Kroeber Hall, CA 94720-3710 EE.UU. Correo electrónico: mariacb@calmail.berkeley.edu

A. BELTRÁN MARTÍNEZ (dir.): *Corpus de arte rupestre del Parque Cultural del Río Martín*. Ed. Asociación Parque Cultural del Río Martín. Centro de Arte Rupestre ‘Antonio Beltrán’, Ariño (Teruel). Zaragoza, 2005, 19 pp., il. map., 251 fig. en h. de lám. ISBN 84-609-8507-7.

(1) Aparece en el mapa con el número 4, en lugar de 174, mientras que Selva Pascuala aparece en dos lugares.

En 1960 A. Beltrán publica con E.J. Vallespí las pinturas rupestres del Abrigo de Los Recolectores, en Alacón (Teruel). Cuarenta y cinco años después, apenas unos meses antes de su fallecimiento, dirige la publicación, coordinada por J. Royo, del *Corpus de arte rupestre del Parque Cultural del Río Martín*, en la que se recogen los enclaves conocidos en el momento de su creación, en 2002.

En un año aciago para la investigación sobre el arte prehistórico español, la obra de A. Beltrán se convierte en un referente para todas y cada una de las manifestaciones artísticas de cronología prehistórica, a las que dedicó cerca de dos centenares de publicaciones y difundió a nivel nacional e internacional en reuniones científicas, muchas de ellas impulsadas por su inquebrantable entusiasmo, y en los diversos organismos de los que formó parte en calidad de asesor o director.

A. Beltrán mostraba a menudo su profunda satisfacción por la creación de los Parques Culturales de Aragón que el mismo promovió mediante diversas iniciativas, hasta su aprobación en 1997. Siempre ponía como modelo a seguir el Parque Cultural del Río Martín, señalando la implicación de los habitantes y autoridades de este accidentado territorio turolense en la conservación y difusión del medio natural, de su historia y, en especial, de su excepcional arte rupestre (Beltrán 1988, 1989).

A partir de 1994 A. Beltrán y J. Royo inician una profunda revisión de todos los abrigos de la cuenca desde este río, que con anterioridad habían publicado T. Ortego, M. Almagro y el propio A. Beltrán, y localizan otros nuevos que recogerían en las monografías de la colección "Guías de Aragón", en los informes anuales de la actividad arqueológica aragonesa o en la revista *BARA*, de la que era director. Al mismo tiempo, J.L. Royo Guillén cataloga los grabados rupestres. Ahora se reúne toda esta información dispersa en el primer *Corpus* de sus pinturas y grabados rupestres, en una cuidada edición de gran formato con abundantes ilustraciones en color y la reproducción de sus calcos a una escala que permite observar sus principales características, recurriendo para ello a desplegables que, pese a su incomodidad, son necesarios en este tipo de publicaciones, mientras tanto no se generalice el soporte digital.

El registro de arte rupestre de este Parque Cultural se compone de 51 yacimientos, de los que 12 corresponden a grabados rupestres de imprecisa cronología y el resto a pinturas, 37 de ellos de cronología prehistórica y 3 de época moderna o contemporánea. Se distribuyen por los términos municipales de Alacón, Albalate del Arzobispo, Alcaine, Obón, Oliete, Peñarroyas y Torre de las Arcas, en Teruel.

A cada uno de los yacimientos se dedica una ficha que, siempre en dos páginas, consta de 28 campos, referidos al descubrimiento, ubicación del yacimiento y descripción paisajística y ambiental de su entorno, a su titularidad, la ocupación humana del lugar y el estado de conservación y dispositivos de protección de los abrigos. Los relacionados con las manifestaciones artísticas señalan, de manera siempre escueta, el tipo

de arte, cronología y el número de motivos identificados, de los que no se ofrece una descripción detallada por lo que es necesario recurrir a las publicaciones originales recogidas en la relación bibliográfica adjunta. De cada uno de estos yacimientos se publica una fotografía de su emplazamiento y varias de algunas de sus pinturas, en las que se detectan algunas deficiencias en el tratamiento de las imágenes. Se reproducen los calcos de todos los abrigos pintados, con la numeración y convencionalismos de las publicaciones originales, indicándose en las de A. Beltrán y J. Royo las fisuras y desconchados de la roca y las agresiones a sus pinturas.

En apenas unas 9 páginas nos ofrece A. Beltrán una apretada síntesis del arte rupestre del Río Martín, en la que aborda, con la claridad presente en todas sus publicaciones, su temática, cronología y significado. Sobre este último retoma anteriores reflexiones para incidir en la sacralización del territorio, articulado por un río que recorre un paisaje accidentado de cañones y acantilados, en el que, como ya indicara con anterioridad, "la disposición en esta comarca de los abrigos a una u otra orilla del río o la orientación a naciente o poniente de sus bocas, no es regular, varía en cada una de las localidades y depende del trazado y curvas del curso del río" (Beltrán 1998: 107), en una singular ocupación simbólica del paisaje que deberá abordarse en próximos estudios.

La temática es objeto de un detenido análisis, destacando la presencia de 219 animales, 94 de ellos indeterminados. El ciervo es el animal más representado, seguido a corta distancia por cápridos y de una significativa presencia de équidos y bóvidos. Es excepcional la presencia de una serpiente en Los Estrechos II. En las representaciones humanas, a menudo provistos de arcos y flechas, destaca su menor número y su tendencia a la estilización. Señala 9 escenas de caza, algunas de ellas discutibles, al tiempo que indica el predominio de "escenas y actitudes rituales, apareciendo hombres en bailes rituales con arcos o danzas, orantes, desfiles en formación, escenas de ejecución, figuras yacentes o escenas supuestamente bélicas" (p.). En la Cueva del Chopo los antropomorfos, algunos de ellos de más de un metro de altura, portan bumeranes, lo que convierten a este yacimiento aragonés en un ejemplo de extraordinario interés para el Arte Levantino, como lo es también la presencia de motivos vegetales en el Covacho Ahumado y en abrigos de La Higuera y Los Trepadores.

La cronología del Arte Levantino constituyó una de sus preocupaciones. En su monografía de 1968 señaló que "el arte rupestre mesolítico levantino es producto de una evolución en un espacio cerrado, desarrollado por un pueblo de cazadores de serranía, apoyado en viejas ideas paleolíticas, pero con un aire original y autóctono completamente nuevo" (Beltrán 1968: 76). Ahora, casi cuarenta años después, lo considera "post-paleolítico y ciertamente obra de gente de economía recolectora y cazadora", al tiempo que rechaza "su asignación a los rígidos períodos establecidos según la división tripartita de la Edad de la Piedra", proponien-

do que “es obra de pueblos cazadores que conservan fuertes tradiciones paleolíticas matizadas durante el mesolítico y que se perpetúan a lo largo del neolítico cuyas profundas innovaciones tardan mucho en imponerse en esta zona”, hasta el punto que las relaciona con poblaciones metalúrgicas y de la Edad de los Metales.

Este conjunto de Río Martín ofrece una excepcional información acerca de la cronología y periodización de los artes Levantino y Esquemático. Los calcos permiten observar diversos convencionalismos, abundantes superposiciones, escenas acumulativas, sobre las que hubiera sido de gran interés conocer la opinión de los autores. Entre las representaciones consideradas esquemáticas cabría señalar el interesante conjunto de Los Estrechos I, con jinetes y antropomorfos con cabezas radiadas y dedos en las manos, o los extraños “orantes” de La Coquinera II, que en ambos casos cabría incluir en momentos avanzados del fenómeno esquemático. Son de interés las superposiciones, entre las que cabría citar las levantinas de la Cueva del Chopo, las esquemáticas y levantinas del Abrigo de la Cañada de Marco o el motivo geométrico de Los Chaparros infrapuesto a un estilizado arquero levantino. Este motivo geométrico se ha asociado en ocasiones al Arte Lineal-geométrico, aunque en esta ocasión el propio A. Beltrán señala que esta manifestación artística, al igual que el Arte Macroesquemático, no se registran con claridad en el río Martín. En efecto, la composición de este motivo, junto a otro del mismo abrigo, recuerda las decoraciones cerámicas del neolítico epicardial, lo que de aceptarse implicaría una revisión de la cronología del Arte Levantino, en la línea que ya intuyera el propio A. Beltrán hace 40 años, cuando en su estudio del Abrigo de Los Recolectores señalara que “nos hallamos en presencia de pinturas de clara época neolítica, ..., lo cual, por otra parte, no constituye ninguna novedad, ya que si la casi totalidad de los especialistas admite que estas pinturas levantinas son mesolíticas en su mayor parte, muchos se han dado cuenta que buen número de ellas han de ser, forzosamente, neolíticas” (Beltrán y Vallespí 1960: 9) y que ahora al analizar el conjunto del Río Martín destaca la tardía presencia de los elementos culturales que caracterizan al Neolítico que asocia a poblaciones metalúrgicas y de la Edad del Bronce.

La publicación de este *Corpus* coincide con un renovado interés por la catalogación y estudio del arte rupestre del Arco Mediterráneo español, sobre el que en los últimos años se han publicado numerosos conjuntos y algunos *corpora*. Ante la disparidad existente sería conveniente unificar los criterios de edición, de reproducción de calcos y fotografía y, en especial, de las correspondientes descripciones de yacimientos y motivos para evitar recurrir, como en este caso, a las poblaciones originales, no siempre accesibles.

BELTRÁN, A. 1968: *Arte rupestre Levantino*. Anejo de *Caesaraugusta*, Monografías arqueológicas IV. Zaragoza.

– 1988: “Sacralización de lugares y figuras en el arte

rupestre levantino del río Martín”. *Boletín de Arte Rupestre de Aragón* 1: 93-116.

– 1989: *Los Parques Culturales y el arte rupestre en Aragón*. Diputación General de Aragón. Zaragoza.
BELTRÁN, A. y VALLESPÍ, E. 1960: “Otro covacha con pinturas rupestres en El Mortero de Alacón (Teruel)”. *Caesaraugusta* 15-16: 7-18.

Mauro Hernández. Universidad de Alicante. Apartado de Correos 99. E03080 Alicante. Correo electrónico: mauro.hernandez@ua.es

FERNANDO MOLINA y JUAN ANTONIO CÁMARA: *Guía del yacimiento arqueológico Los Millares*. Dirección General de Bienes Culturales. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 2005, 123 pp. ISBN: 84-8266-527-8.

FERNANDO MOLINA (director científico): *Los Millares. Los fortines de Los Millares: el control de un territorio*. DVD editado por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía con la colaboración de la Universidad de Granada. Producciones Bosco, 2004. Duración 9 minutos. SE-3607-04.

El libro es la tercera entrega de una serie que, editada por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, aborda la compleja tarea de dar a conocer la Red Andaluza de Yacimientos Arqueológicos (RAYA). En la primera fase de esta iniciativa se han abierto al público ocho yacimientos. Cuentan con guía, junto a Los Millares, *Carteia* (2004) y Cercadillas (2005). A la guía se ha sumado, ya en 2006, el DVD sobre el yacimiento que supone una apuesta segura para su difusión.

El interés de la edición por dar a conocer el Patrimonio Arqueológico Andaluz queda patente en su diseño de indudable atractivo estético: al formato manejable, a todo color, alta calidad del soporte o numerosas imágenes, se suman la inclusión de páginas finales para anotaciones o el marca páginas con los datos útiles del yacimiento.

El carácter eminentemente divulgativo del volumen se pone en entredicho ya en la presentación de la Consejera de Cultura: “Esta guía para la visita ofrece un anticipo de lo que pronto será la memoria de los trabajos realizados...” El lector familiarizado con el tema continúa expectante la lectura, esperando que la publicación satisfaga parcialmente la ansiedad por conocer los resultados de los trabajos emprendidos en 1978 por el Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada. En detrimento de esta grata sensación, pensará en el desconcierto de aquellos turistas que emprendan la visita a Los Millares con la ayuda de una obra dirigida a especialistas.

Tras un índice sugestivo, se detallan datos útiles de

acceso (pese a algún error en la nomenclatura de las carreteras), horarios, normas y otras visitas de interés en el entorno. En este mismo capítulo se incluye el marco jurídico de protección del yacimiento. Este aspecto, de indudable interés, captaría la atención del lector si, a la reseña de los decretos que recogen su declaración como BIC, se añadiera brevemente el significado de esta figura de protección del Patrimonio Histórico y su importancia para la conservación del yacimiento.

La historia de la investigación se articula en tres grandes bloques, el último de los cuales explica el momento actual de las investigaciones con el Proyecto Millares. Sus objetivos a largo plazo fueron la definición ecológica, espacial y temporal del poblado, los fortines y los complejos megalíticos circundantes. Las excavaciones se realizaron hasta 1991, emprendiéndose en 1992 la conservación y puesta en valor del yacimiento. Los resultados de ambas etapas del proyecto tienen cumplido reflejo en la guía y, desde luego, en el propio yacimiento.

El tercer apartado precisa el marco temporal de la ocupación y sus transformaciones. Las fechas radiocarbónicas son el soporte temporal de un complejo proceso que comienza en el Neolítico reciente y concluye en la Edad del Bronce. Sin embargo, los desajustes entre la cita de las dataciones y los subsiguientes redondeos al alza que se producen en el discurso más general, complican la indudablemente compleja descripción del proceso de expansión y reducción del yacimiento. Por ejemplo, es difícil que un lector no especializado entienda por qué la cronología más antigua del recinto IV pasa del 3090 al 3200 a.C. en sólo dos párrafos. Al contrario, probablemente no perciba el esfuerzo por hacer coincidir en el tiempo la máxima extensión del poblado con los fortines, a pesar de que todas las dataciones sugieren lo contrario.

A continuación se describe el poblado y la necrópolis para concluir con los fortines, atalayas y los conjuntos dolménicos del entorno. El detalle y la claridad se emparejan dentro de los límites impuestos por el formato, con constantes referencias al plano de recorrido de la contraportada y la planta del desplegable del inicio de capítulo. Aunque para el público visitante sin duda este apartado puede resultar exhaustivo y tedioso, los especialistas querrían conocer aspectos apenas enunciados como las secuencias documentadas, el estudio de la conducción de agua o las diferencias, más allá de las dimensiones, entre las cabañas del recinto exterior y de los interiores. Al contrario, pese a la ausencia de registro arqueológico fiable sobre el edificio rectangular del interior de la fortificación III, se asegura su carácter público y cronología calcolítica, añadiendo la funcionalidad asignada por otros investigadores como “palacio-templo y almacén”, conjetura que el público tomará como cierta.

Algunos apartados cuentan *a priori* con el interés del lector, sea por la temática tratada (p.e. el ritual funerario) o por lo novedoso de la interpretación (p.e. la del fortín I). El éxito está asegurado si complementa la guía con el documental. El DVD evita al visitante

consultar una parte importante de este capítulo descriptivo, adquiriendo sin esfuerzo una perspectiva general del poblado y un conocimiento preciso del fortín 1. El gran logro de ambas publicaciones más que mostrar una por una las discutibles funciones del pequeño recinto fortificado, es exponer cómo se han elaborado los contenidos de carácter histórico a partir del registro arqueológico.

La explotación del territorio, incluye aspectos de enorme interés también para los visitantes como la reconstrucción del paisaje en la Edad del Cobre, las bases subsistenciales y las actividades artesanales. El primer tema sin duda sorprenderá al visitante por el cambio rotundo entre lo que ve y lo que fue. Este aspecto se recoge excepcionalmente en el documental: el poblado se integra en un paisaje con densa cobertera vegetal, desaparecen las ramblas sustituidas por caudalosos ríos e incluso bandadas de aves sobrevuelan las fortificaciones. Sea antes o después de la visita, estas imágenes evitarán que el público deba hacer un alarde de imaginación para reconstruir el paisaje del tercer milenio. En la guía, el tratamiento de esta información es claro, razonado y aporta los términos de la discusión cuando se refiere a temas controvertidos (como por ejemplo el cultivo del olivo o el uso intencionado de arsénico).

La organización política se examina en ocho páginas. Apenas las tres primeras están dirigidas al público en general. Explica las raíces y el desarrollo de la desigualdad en el Sureste de la Península Ibérica a partir de una breve reseña de distintas hipótesis sobre el cambio social. Sin concesiones a un lenguaje común en ocasiones incluye comentarios poco apropiados para una guía (“...la falacia del vacío ocupacional implícito en las hipótesis funcionalistas”, p. 101). A pesar de ello es claro al dibujar un panorama político y social asequible para un público interesado aunque no especializado. La estrategia de prospección arqueológica del Proyecto Millares (p. 103) y especialmente las diferencias entre las zonas oriental y occidental del Pasillo de Tabernas (p. 105) marcan un punto de inflexión en el discurso, ahondando en cuestiones muy específicas y de lectura farragosa, a las que poco ayudan las figuras con la distribución de necrópolis y asentamientos (pp. 104 y 105).

El siguiente capítulo aborda la puesta en valor del yacimiento. Expone las distintas fases del trabajo, desde el vallado en 1981 hasta su apertura definitiva al público. Este proceso, parte intrínseca del proyecto, permite a la postre la difusión del yacimiento y de las investigaciones de que ha sido objeto. Se exponen claramente los criterios de intervención (mínimo impacto visual, diferenciación de obra antigua y nueva), las soluciones aplicadas, en ocasiones tras el análisis científico de materiales como los morteros y las causas que puntualmente han motivado intervenciones más agresivas (puerta sur de la fortificación I). La construcción del parque temático y la puesta en marcha del centro de recepción de visitantes, junto a la señalización de itinerarios e instalación de paneles, completan el esfuerzo para acercar Los Millares al visitante.

Un breve glosario y la bibliografía ocupan los últimos capítulos de la guía. En la contraportada, un cuadro cronocultural de gran utilidad, correlaciona lo acaecido en Los Millares y el Sureste entre el 4000 y el 2200 a.C. con otros procesos a escala peninsular y del Mediterráneo.

La presentación gráfica es impecable y urdida de forma que plantas, reconstrucciones y fotografías proporcionan una idea clara de cuanto se describe. Incluso resultan aceptables algunas licencias, como la reconstrucción de estructuras cuya planta arqueológica apenas se adivina, sugiriendo una homogeneidad en su distribución y factura que probablemente se aleja de la realidad. Algunas cuestiones prácticas, como aumentar el cuerpo de la numeración de las estructuras en las plantas, el uso sistemático de escalas gráficas, la colocación de alguna referencia geográfica en la planta del fortín 1 o la inclusión del plano desplegable de forma exenta del texto, facilitarían en gran medida la lectura.

En el yacimiento, la coincidencia de gráfica y enunciados (títulos) entre cartelería y guía facilitan la identificación y conocimiento de cada uno de los hitos musealizados. Si bien, dadas sus dimensiones, sería aconsejable una señalización direccional especialmente para indicar la localización y acceso al parque temático, muy alejado del área exhibida.

Los atractivos nueve minutos de narración que contiene el DVD se hacen cortos, y ponen definitivamente de manifiesto el enorme esfuerzo realizado para la correcta difusión de Los Millares.

Para concluir, se confirman sólo parcialmente los temores expresados al inicio de este texto sobre una publicación dirigida a especialistas bajo la apariencia de una guía. El atractivo indiscutible del yacimiento y su presentación, la claridad de buena parte del texto y el acierto del aparato gráfico, hacen que alberguemos esperanzas sobre la buena acogida de esta guía por parte de los visitantes de Los Millares.

Susana Consuegra Rodríguez. Dpto. de Prehistoria. Instituto de Historia. CSIC. Serrano 13. 28001 Madrid. Correo electrónico: sconsuegra@ih.csic.es

CRISTINA FARNIÉ LOBENSTEINER y FERNANDO QUESADA SANZ: *Espadas de hierro, grebas de bronce. Símbolos de poder e instrumentos de guerra a comienzos de la Edad del Hierro en la Península Ibérica*. Serie Monografías del Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo 2 [Murcia]: Comunidad Autónoma de la Región de Murcia. Consejería de Educación y Cultura, D.L. 2005, 248 pp., il., h. de lám. col. ISBN 84-606-3838-3.

El trabajo de Farnié y Quesada analiza dos armas tan emblemáticas de la Primera Edad del Hierro de la

Península Ibérica como son las espadas y las grebas, de gran interés por sus especiales connotaciones tácticas y su vinculación con personajes destacados, lo que confirman con claridad los contextos en los que se identifican.

Tras una necesaria introducción al tema, en la que se presenta el estado de la cuestión sobre el armamento durante la Primera Edad del Hierro, enmarcado en el más general sobre la introducción de la metalurgia del hierro en la Península Ibérica (Capítulo 1) y se exponen “Cuestiones de procedimiento” sobre la elaboración del catálogo y de la “terminología” utilizada para la descripción de las espadas (Capítulo 2), los autores abordan el estudio de “Las primeras espadas de hierro en la Península Ibérica” (Capítulo 3), en lo que puede considerarse, sin duda, como uno de los bloques esenciales de la obra. Incluye un *corpus* de cerca de 40 espadas, pues se estudian algunas piezas fuera de catálogo, objeto de análisis directo siempre que ha sido posible, ya que algunas de las más interesantes, como las espadas de Cástulo o de La Joya están actualmente extraviadas, realizándose un completo estudio tipológico, imbricándolo en el marco general de la sociedad de la Primera Edad del Hierro de la Península Ibérica. La ficha descriptiva se completa con dibujos a línea y fotografías, aunque hubiese sido aconsejable realizar radiografías que contribuyesen a aclarar la técnica constructiva de algunas de las empuñaduras, difícil de determinar con la simple inspección visual, como ocurre con la espada del Tossal de los Regallos. El estudio se inicia con un repaso a las espadas de finales de la Edad del Bronce, principalmente al tipo Ronda-Sa Idda, cuyo interés es indudable, entre otras razones por haberse hallado un ejemplar en hierro procedente de una tumba de Cástulo. Se analizan a continuación las espadas de inicios de la Edad del Hierro, distribuidas en cuatro grandes grupos: las espadas de lengüeta y botón, relacionables con el modelo Ronda-Sa Idda; las de espiga y antenas, de origen norpirenaico y, sólo a inicios de la Segunda Edad del Hierro, de factura local; las llamadas de tipo Miraveche, para los autores los modelos de mayor perduración, aunque los ejemplares conocidos resultan muy posteriores a sus supuestos prototipos, con los que les une sin embargo un evidente aire de familia y, finalmente, las de lengüeta romboidal de tipo Aquitano, con un ejemplar de la tumba E de la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita, aunque otra espada de este mismo cementerio pudiera adscribirse al tipo, a pesar de las reticencias de los autores, presentando igualmente lengüeta losángica, aunque con algunas diferencias en las características de la empuñadura, recogidas también en las piezas aquitanas.

Una de las aportaciones fundamentales del trabajo de Farnié y Quesada está referida a las espadas del cuadrante nororiental de la Península (nº 4 a 27 del catálogo), distinguiendo entre las espadas de antenas de los siglos VII-VI a.C. y los modelos, contemporáneos, de lengüeta plana rectangular y botón terminal propios de una diferente tradición, no valorada adecuadamente en los trabajos precedentes. Un buen ejemplo de lo dicho

es la espada de Can Canyís (nº 14) considerada generalmente como una pieza de antenas, a pesar de no conservar la parte superior. Este ejemplar es asimilado a las espadas de la tumba 43 de Mianes (nº 17) o de la 25 de La Solivella (nº 18), planteando influencias meridionales para todas ellas, en lugar de las norpirenaicas generalmente admitidas. Casos similares serían, según los autores, los de la sepultura 23 de La Solivella (nº 19), y el de la tumba AA10 de La Atalaya (nº 20), que se habían preferido relacionar con los modelos de antenas, aunque los restos de vaina de chapa metálica presentes en esta última pieza estén bien documentados, como recuerdan los autores, en el territorio aquitano.

No todas las piezas estudiadas pueden asimilarse a los tipos comentados, como demuestra la espada del Tossal de los Regallos (nº 21), o un puñal de la sepultura 63 de Cabezo Lucero, cuya cronología y contexto cultural, claramente ibérico, la excluiría del estudio, aunque por su peculiar empuñadura y la forma de la guarda, que remite a paralelos norpirenaicos más antiguos, pudiera tratarse de una pieza de lujo amortizada en una tumba con bastante posterioridad a su fabricación. Igualmente, se recogen representaciones de espadas, como algunos ejemplares en miniatura de la zona catalana, o las figuradas en la estela de Altea la Vella o en uno de los relieves del monumento de Pozo Moro.

A partir del Capítulo 4, se estudian las grebas de bronce, con una interesante introducción sobre el papel de estos elementos en la defensa corporal y un análisis tipológico de los modelos metálicos del Bronce Final y la Edad del Hierro, incluyendo los hallazgos peninsulares, estudiados por diversos investigadores, pertenecientes a un tipo propio del Suroeste europeo. El catálogo incluye un conjunto formado en gran medida por piezas ya conocidas, aunque se incluye una inédita de la necrópolis de Arroyo Judío, Cártama (nº G14), de gran interés por tratarse del hallazgo más meridional del grupo, recogiendo, asimismo, las representaciones de grebas en la plástica ibérica del siglo V a.C., destacando diversos fragmentos escultóricos del conjunto de Porcuna, uno del Parque de Elche o el Guerrero de Lattes. Se trata de ejemplares relacionados con una tradición iniciada en la zona alpina centroeuropea de los Campos de Urnas, siendo posible individualizar los ejemplares hispanos, todos localizados en la fachada mediterránea peninsular, respecto a los del Sur de Francia, al presentar las grebas ibéricas cuatro pares de orificios, y posible acolchado que se sujetaría directamente a la pierna. Farnié y Quesada distinguen dos variantes: una, que cabe llevar a la segunda mitad del siglo VI a.C., únicamente decorada mediante dos o tres líneas repujadas alrededor del perímetro, y otra, algo posterior, pues puede fecharse *ca.* primera mitad del siglo V - finales de esa centuria o primer cuarto del siglo IV a.C., con círculos concéntricos enfrentados en la parte superior; sin descartar una tercera variante a partir de los ejemplares de Granja Soley (G1) y la tumba 26 de Mas de Mussols (G7). Los ejemplares más antiguos se relacionan con las espadas de lengüeta del tipo identificado en Mianes y La Solivella, necrópolis en la que se aso-

cian directamente ambas categorías. Los más tardíos se incluyen en la llamada “panoplia ibérica aristocrática”, plasmada en los conjuntos escultóricos de Porcuna y Elche, siendo por tanto posteriores a buena parte de las espadas estudiadas. Todas las grebas peninsulares proceden de contextos funerarios, en Can Canyís y Cabezo Lucero dos ejemplares por tumba y en otros casos únicamente una, lo que enlaza con la discusión sobre el número de grebas utilizadas por el guerrero protohistórico, no siendo siempre posible determinar este aspecto, dada la fragmentación con que a veces han llegado hasta nosotros estos objetos.

Un capítulo final recapitula la cronología de las armas y analiza los contextos de procedencia de los ejemplares que confirman su habitual asociación a otros tipos de armas, más habitualmente ofensivas que defensivas, siendo frecuente la presencia de objetos de adorno o de posible uso ritual, como braseros o páteras metálicas e, incluso, los propios cuchillos de hierro. Por lo común son tumbas pertenecientes a miembros destacados de la sociedad, cuyo carácter guerrero vendría confirmado por las armas, entre las que destacan las puntas de lanza, seguramente el arma esencial de la época. En resumen, una doble tradición parece presente en los tipos analizados de mayor antigüedad. Las espadas de antenas, las grebas, o los *soliferrea*, apuntan a influencias norpirenaicas, dadas las evidentes concomitancias entre el Noreste peninsular y el Sur de Francia. Mientras, las espadas de lengüeta y botón terminal remiten a una tradición meridional que se remonta al final de la Edad del Bronce, con espadas largas de doble filo, que se irá diluyendo con la aparición de espadas cortas punzantes o punzantes/tajantes pertenecientes a la nueva tradición ibérica.

Se trata en suma de un trabajo esencial para el estudio del armamento protohistórico de la Península Ibérica, que incluye un completo estudio tipológico de un conjunto integrado por más de 50 espadas rectas de hierro y grebas de bronce, proporcionando una actualizada síntesis, en la que se abordan aspectos como las influencias culturales, las técnicas de fabricación o su funcionalidad, en relación con las técnicas de combate en las que estos elementos quedan enmarcadas, esto es, valorando, como se explicita en el título de la obra, su papel como “instrumentos de guerra” y “símbolos de poder” representativos de las etapas iniciales de la Edad del Hierro.

El trabajo forma parte de la serie Monografías del Museo de Arte Ibérico de El Cigarralero, ofreciendo una cuidada edición, con dibujos a línea, fotografías en blanco y negro y color y la cartografía esencial, serie que, a pesar de su juventud, puede considerarse ya plenamente consolidada y de obligada referencia en los estudios sobre el mundo de la Edad del Hierro de la Península Ibérica.

Alberto J. Lorrio. Dpto. de Prehistoria. Universidad de Alicante. Carretera San Vicente del Raspeig s/n. E03690 San Vicente del Raspeig. Alicante. Correo electrónico: alberto.lorrio@ua.es

ALFREDO JIMENO, J. IGNACIO de la TORRE, RICARDO BERZOSA y JUAN P. MARTÍNEZ: *La Necrópolis Celtibérica de Numancia*. Arqueología en Castilla y León, Memorias 12, Junta de Castilla y León. Valladolid, 2004, 482 pp., ils. ISBN 84-9718-289-8.

En el año 2003 se cumplía el bicentenario del inicio de las excavaciones en Numancia. Doscientos años que representan una larga trayectoria arqueológica que, con irregular orientación de objetivos y criterio, afianzó en el profesor Alfredo Jimeno, su valor más sólido. La empresa titánica, de auténtica resistencia numantina, llevada a cabo en los últimos veinte años por el soriano, docente, investigador y divulgador de la Universidad Complutense, muestra en este nuevo libro expresión inequívoca de su dedicación y de la capacidad de ilusionar en la siempre difícil tarea de desarrollar investigación arqueológica en la Comunidad de Castilla y León, aunque probablemente, con honrosas excepciones, sería más apropiado decir en España.

La publicación de los trabajos en el tan deseado y esquivo cementerio numantino se incluye en el número 12 de la serie *Memorias*, nacida en 1994. Tal recorrido revela que el ingente número de permisos de intervenciones arqueológicas que se tramitan cada año en nuestra Comunidad no se corresponde con la edición de publicaciones, en plena consonancia con una trayectoria generalizada de la arqueología reciente, en la que rara vez trascienden los informes técnicos.

Estamos ante un trabajo que surge de un proyecto solvente de investigación, por el que los arqueólogos de la Edad del Hierro podemos sentirnos reconfortados. A la importancia intrínseca del estudio, el valor cuasi mítico de Numancia y las reiteradas y frustradas tentativas de búsqueda de su necrópolis, se añade lo que de compensación tiene este estudio moderno y bien trabajado frente a las todavía mayoritarias excavaciones de necrópolis celtibéricas en momentos muy tempranos del siglo XX que nos privaron de datos fidedignos de asociaciones y de posibles lecturas sociales.

Se aislaron 155 tumbas, cuya distribución y concentración permite distinguir una zona central (56) y otra periférica (99), amén de 58 manchas de cenizas y tierras carbonosas interpretadas como *ustrina*. Se recuperaron 1.075 objetos en conjuntos cerrados, siendo excepcionales los recipientes cerámicos (13) y tremendamente abundantes los metálicos (hasta tres cuartas partes), repartidos entre elementos de adorno y vestimenta (572/573) y armas (184). Los elementos estructurales básicos son pequeños hoyos, cantos rodados o algunas señalizaciones de estela pétreo. Sorprende el número verdaderamente escaso de restos óseos por tumba, apenas 12 g de media. La utilización de este cementerio, con mayor antigüedad para la zona central que para la periférica, sería de apenas 3 ó 4 generaciones, entre finales del siglo III a.C. y la histórica fecha del 133 a.C., en concordancia con la fundación y destrucción, respectivamente, de la mítica ciudad de Numancia.

La obra se divide en 9 capítulos de muy desigual envergadura: los 6 primeros condensan en las 55 páginas iniciales aspectos introductorios de espacio y territorio, historiografía sobre la búsqueda del cementerio numantino, relación con el resto de cementerios del ámbito celtibérico y, finalmente, los preliminares sobre excavación y metodología de los trabajos a partir de 1993. El capítulo 7, uno de los más importantes en contenido y extensión se refiere a los objetos recuperados en las tumbas, a la secuencia y a la reconstrucción de la información funeraria. El siguiente incluye 8 apéndices con analíticas muy diversas y un apartado final de referencias bibliográficas. Son numerosas las figuras "248" e ilustraciones "XXX", a las cuales habría que sumar fotografías a página completa para separar los capítulos entre sí o las que ilustran los propios apéndices.

La portada, una magnífica fíbula de jinete de caballo y verraco recortada sobre un fondo de color naranja intenso, se constituye en preludeo del tratamiento cromático interior dado a las figuras, que nos parece, junto con los dibujos de los propios materiales arqueológicos, uno de los aspectos más discutibles de la obra. La serie *Memorias* debería priorizar una buena ilustración técnica antes que rendirse a la estética, y aunque ambas no deberían ser irreconciliables, desde luego aquí no se ha conseguido su convivencia armónica. Los dibujos de los ajuares y ofrendas no siempre tienen la calidad deseable para contemplar y acceder a las características específicas de cada objeto, lo que agrava la inexistencia de una información descriptiva complementaria, el tradicional inventario que los cuadros sinópticos del Apéndice 1B tampoco resuelven. Tal vez por un presunto ahorro en la edición de la obra, se nos priva de lo que consideramos irrenunciable: el acceso sencillo, cómodo y riguroso a la fuente documental.

Las ilustraciones que acompañan al estudio de cada material nos parecen acertadas, incluyendo dispersión en las catas, frecuencia en las áreas y asociaciones de materiales. Además las ocasionales fotos y esquemas tipológicos, salvo alguna excepción, hacen muy verdadera la lectura y comprensión del texto. Hubiera sido bueno un esfuerzo complementario de unificación o corrección en cuestiones formales como las unidades de medida, la terminología de los tipos metálicos más característicos (Martín Valls y Esparza 1992) o algunas citas bibliográficas.

Del atractivo y excepcional registro funerario destacamos las 443 fíbulas que, con las 200 publicadas de la ciudad, suman 643, o lo que es lo mismo el 60% de todas las conocidas en las necrópolis del Alto Tajo/ Alto Jalón y Alto Duero, las placas articuladas, los peculiares broches de Bureba y los 14 estandartes más propiamente, como sugieren los autores, báculos de distinción dada su disociación de ajuares armamentísticos, los puñales biglobulares y los híbridos con frontón que confieren una gran idiosincrasia al Alto Duero y a Numancia en particular.

El trabajo no persigue un estudio pormenorizado de los materiales desde una perspectiva tipológica. Opta por profundizar en sus implicaciones sociales y tecno-

lógicas, lo que tiene particular expresión en el último capítulo. Se inicia éste con la reconstrucción del ritual, diferenciando los elementos previos al enterramiento propiamente dicho de lo que la realidad arqueológica ofrece. La muerte de Patroclo y los funerales de Viriato sirven para recordar la imagen irrecuperable de los ritos numantinos. Lo tangible toma cuerpo merced al empleo de modernas técnicas de análisis que definen la temperatura de combustión del cadáver (800° C), el fuerte grado de fragmentación de los restos cremados, la selección de cráneo y huesos largos en el proceso de recogida, y las posibles diferencias de «género» en la dieta (Apéndice 3); el uso de madera de pino y, en menor medida, de sabina y encina en los *ustrina* (Apéndice 1), y tal vez el empleo alternativo en la pira de turbas para explicar las elevadas dataciones de C-14. Pero conviene recordar los deficientes resultados de este sistema de datación para la Edad del Hierro, con mesetas en las curvas de calibración. La inutilización de los objetos antes de su enterramiento fue norma con escasas excepciones y además de la termoalteración producida en la cremación, algunos metales debieron ser recalentados para su doblado minucioso sobre un yunque (Apéndice 7); la fauna recuperada en 54 tumbas (Apéndice 4), elementos viáticos o del banquete funerario, muestra el aprecio de los numantinos por la carne de potro y cordero. Estas y otras consideraciones diferencian una excavación moderna y bien planteada, y otros registros antiguos de cementerios celtibéricos.

Concluye el capítulo con la necrópolis y su reflejo social, indagando en la información que los ajuares y su distribución ofrecen en esa dialéctica establecida por los vivos con el mundo de ultratumba. Se evalúa la riqueza de las tumbas valorando el número de objetos, sus categorías o la diferencia de peso de metal. La categorización de los ajuares y su distribución espacial se plasma en combinaciones y porcentajes que validan ciertas diferencias entre la zona central y la periférica.

Tras este tratamiento exhaustivo echamos en falta alguna alusión a lo que ocurriría tras el sellado de la tumba: el recuerdo, la visita y sus posibles libaciones, el cementerio como lugar de culto a los antepasados, etc. Al final del capítulo 7 se sugiere algo muy atractivo para valorar la exigua cerámica presente en el cementerio “vasos pequeños y de uso individualizado” y el elevado número de fondos atestiguados dentro de la tumbas pero en cotas superiores: la posibilidad de su presencia sobre las tumbas, ligeramente enterrados, para poder recoger las libaciones.

En suma, analizamos una obra contundente, bien trabada y meditada, que es modelo de aproximación al registro funerario desde presupuestos metodológicos modernos de los que la historiografía ya secular del mundo celtibérico se resentía por su carácter pionero. Echamos en falta la tradicional concentración de datos analíticos, para acudir a la información individualizada y pormenorizada por tumbas, sin rastrear en los diversos capítulos o apéndices. Ello, combinado con las deficiencias señaladas de la ilustración de los ajua-

res, plantea ciertas dificultades de consulta, aunque casi nunca insalvables.

ESPARZA ARROYO, A. 1991: “Tradición y modernidad en el estudio de la necrópolis celtibéricas”. *Argrítica* 1: 17-19.

MARTÍN VALLS, R. y ESPARZA ARROYO, A. 1992: “Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica”. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Complutum 2-3: 259-279.

Carlos Sanz Mínguez. Director del Centro de Estudios Vaceos ‘Federico Wattenberg’. Dpto. de Prehistoria, Arqueología, Antropología Social y Ciencias y Técnicas Historiográficas. Paseo Prado de la Magdalena s/n. 47011 Valladolid.

Correo electrónico: csanz@fyl.uva.es

G. CRUZ ANDREOTTI, P. LE ROUX y P. MORET (eds.): *La invención de una geografía de la Península Ibérica I. La época republicana / L'invention d'une géographie de la Péninsule Ibérique I. L'époque républicaine*. Actas del Coloquio Internacional celebrado en la Casa de Velázquez de Madrid entre el 3 y el 4 de marzo de 2005. Servicio de Publicaciones del Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, Casa de Velázquez. Madrid, 2006, 250 pp., 22 figs. [ISBN: 84-7785-744-X]

Cualquier estudio histórico riguroso es bienvenido por la comunidad científica, pero aún lo es más cuando el tema central del discurso es la geografía antigua, disciplina escasamente desarrollada en nuestro país si exceptuamos iniciativas como las que, desde hace ya algunos años, vienen potenciando la Universidad de Málaga, con Gonzalo Cruz Andreotti a la cabeza, y la Casa de Velázquez. La colaboración de ambas entidades, a la que en esta ocasión también se une la Universidad de París XIII, ha dado lugar al libro que nos ocupa, que pronto se verá complementado con la edición de una II parte, centrada en el Imperio, y fruto de otro coloquio que tuvo lugar en la Casa de Velázquez en abril del 2006.

El título del libro nos introduce de lleno en esa visión renovada de la Geografía como ciencia plenamente humana, que no se circunscribe a elementos físicos preestablecidos, sino que se construye, *se inventa*, para otorgarle un significado social. Desde esta perspectiva debe entenderse la primera frase de la presentación, cuyo sentido domina todo el discurso posterior: “Los imperios son inseparables, a nuestros ojos, de una visión geográfica del mundo y la política” (p. 5). Tanto en el título como en esta sencilla aseveración se condensan gran parte de las virtudes de esta obra y se

dejan intuir otras cuantas. Primero, explicita una idea de la Geografía alejada de los conceptos positivistas e imbricada con la Historia social. Segundo, nos ofrece una formulación compleja del concepto de "política", tan a menudo simplificado al asociarlo únicamente al discurrir de asuntos administrativos o militares. Tercero, enuncia la importancia de la percepción en la construcción de los espacios geográficos. Al aunar todos los sectores de interés que incumben a historiadores y geógrafos los autores de esta obra nos ofrecen un enfoque integral que presenta una comunicación fluida entre disciplinas tan cercanas.

La época republicana supuso un cambio trascendental en la forma en la que las comunidades de la Península Ibérica concebían el mundo. La irrupción de Roma implicó la implantación de un modo distinto de organización reflejado en las nuevas formas de apropiación del territorio y de formación de las comunidades. De los tanteos informativos de época prerromana se pasa a una "geografía de la conquista" en la que los conocimientos sobre el medio y sus pobladores van de la mano con el avance de las tropas. Los conceptos griegos son reconvertidos por la utilidad pragmática impuesta por Roma y la geografía peninsular comienza a dibujarse con mayor nitidez, basándose no tanto en una geografía física, como en una geografía de los pueblos (etnografía) y de las culturas (enfrentamiento civilización - barbarie).

El libro se divide en tres partes, siguiendo un hilo cronológico. La primera (*La representación geográfica de Iberia: tradición y evoluciones*), recoge cuatro comunicaciones interesadas en la idea que de Iberia tenían los griegos, dominada por el peso de los conceptos geográficos más que por el de las realidades físicas.

La comunicación de Francesco Prontera (*La Península Ibérica nella cartografia ellenistica*) señala ya dos temas presentes en toda la obra: el paso de una geografía griega, basada en el concepto, a otra romana, centrada en el pragmatismo y unida a la conquista, y la importancia de la percepción en la construcción de los espacios geográficos.

Gonzalo Cruz Andreotti (*Polibio y la integración histórico-geográfica de la Península Ibérica*) analiza la figura de Polibio, a medio camino entre la tradición griega y la romana, para quien la función política asignada al conocimiento geográfico debía estar al servicio de la Historia, aunque continúe utilizando esquemas arcaicos de mapamundi circulares, como corresponde a una figura de transición.

La importancia de la percepción en Geografía es uno de los elementos claves de la renovación que tanto la Geografía como la Historia han experimentado en las últimas décadas, reivindicando el espacio como un concepto subjetivo y social. El espacio ya no se concibe como una realidad exclusivamente física porque los elementos geo-biológicos que lo conforman no adquieren sentido social (y por lo tanto histórico-geográfico) si un grupo humano no los aprehende. Las expresiones geográficas de griegos y romanos van mucho más allá de la representación material de rea-

lidades físicas para entrar de lleno en la expresión de conceptos culturales, paisajes mentales y modos de relación con el espacio. Así podemos comprobarlo en la comunicación de Bärbel Kramer (*La Península Ibérica en la Geografía de Artemidoro de Éfeso*), que se encarga de estudiar el papiro de Artemidoro, el mapa clásico más antiguo que conservamos.

Didier Marcotte (*De l'Ibérie à la Celtique: géographie et chronographie du monde occidental avant Polybe*) analiza exhaustivamente las concepciones corográficas que permiten la separación entre Iberia y la Céltica en relación con los dos flancos marítimos de la Península Ibérica, el atlántico y el mediterráneo. También introduce otro de los temas centrales de esta obra, que comentaré más adelante: el papel de los *ethne* en la configuración geográfica de la Península.

Pierre Moret (*La formation d'une toponymie et d'une ethnomymie grecques de l'Ibérie: étapes et acteurs*) estudia la construcción etnómica y toponímica griega de la Península. Se centra en dos problemas a los que da un nuevo tratamiento: los nombres a los que Moret considera, creo que acertadamente, propios de una práctica arcaizante en la que el lenguaje se convierte en constructor del tiempo y el espacio, y las relaciones toponímicas entre Iberia y el Ponto Euxino, que demuestran los intercambios privilegiados entre ambas áreas y el papel transmisor que ejercieron los navegantes focesos.

En la segunda parte del libro (*De la exploración a la construcción de un territorio: el papel del conquistador romano*) se muestra cómo la conquista romana empleó los referentes geográficos anteriores que, aunque inexactos físicamente, fueron muy útiles dentro de esquemas de actuación político-militares.

Patrick Le Roux (*L'invention de la province romaine d'Espagne Citériure de 197 a. C. à Agrippa*) recorre el proceso de construcción de la provincia Citerior, basado más en los programas concretos de actuación política que en un uso metódico de los conocimientos geográficos. La geografía es entendida desde un punto de vista etnográfico.

En una línea semejante se sitúa la comunicación de François Cadiou (*Renseignement, espionnage et circulation des armées romaines: vers une géographie militaire de la Péninsule Ibérique à l'époque de la conquête*), que demuestra la diferencia existente entre la geografía erudita de los escritores y la militar que utiliza el ejército en conquista, caracterizada por conocimientos más prácticos, y que acabará contribuyendo en mayor medida que aquélla a la configuración de *Hispania*.

Manuel Salinas (*Geografía real y ficticia de la epopeya sertoriana*) plantea una visión doble de la guerra de Sertorio: la reconstrucción física de los enclaves geográficos en los que se sitúa la contienda y la construcción de una geografía utópica que se encarna en las Islas Afortunadas.

La tercera y última parte del libro (*Estudio de un caso: el noreste de Hispania, de los Pirineos al valle del Ebro*) traslada los planteamientos generales a espacios concretos, examinando *in situ* las interacciones entre conocimiento geográfico y ordenación política.

Pilar Ciprés (*La geografía de la guerra en Celtiberia*) insiste en la importancia de entender el espacio geográfico como resultado de un proceso mental y social. Los celtíberos son un ejemplo muy sugerente de cómo son los pueblos quienes delimitan el espacio y contribuyen a modificarlo.

En la misma línea se encuentran las contribuciones de Christian Rico (*L' "invention" romaine des Pyrénées, ou les étapes de la formation d' une frontière*) y Francisco Beltrán Lloris (*El valle medio del Ebro durante el período republicano: de limes a conuentus*). El primero se centra en cómo los Pirineos se convierten, al calor de los acontecimientos bélicos que sacudieron el norte de Hispania y la franja mediterránea de la Galia con la llegada de las primeras legiones, en frontera occidental, en un *constructo* romano. El segundo pretende reflejar el proceso de construcción del valle del Ebro, que pasa de ser, en época republicana, una región vista como bárbara, a vertebrarse, en época imperial, alrededor de la ciudad de *Caesaraugusta*, convirtiéndose en un vector de penetración romana.

Teniendo en cuenta la temática y los objetivos de la obra, resulta imprescindible un apéndice cartográfico exhaustivo como el que se presenta anexo a la mayoría de las comunicaciones. No obstante, se echan en falta otro tipo de soportes geográficos menos tradicionales, como modelos digitales, y algunas imágenes.

Podemos decir, pues, que estamos ante una obra editada con propiedad y rigor, presentada en un formato sencillo pero cuidado, que aúna la heterogeneidad que proporcionan las diversas contribuciones con la coherencia de una línea argumental y expositiva definida que contribuirá a la ardua pero fructífera tarea de hacer valer la importancia de los estudios sobre Geografía antigua en el marco general de la investigación histórica.

M^a Cruz Cardete del Olmo. Dpto. de Historia Antigua. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid. 28071 Madrid. Correo electrónico: mcardete@ghis.ucm.es